3302

LAS DEUDAS DE DON JOSÉ.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. MANUEL GENARO RENTERO.

MADRID.
EL TEATRO, GALERIA DRAMÁTICA, PEZ, 40, 2.º
1870.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lasdeudasdedonjo2219rent

LAS DEUDAS DE DON JOSÉ.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. MANUEL GENARO RENTERO.

Estrenada en Madrid, con estraordinario éxito, en el teatro del Recreo, el dia 11 de Enero de 1870.

MADRID.
IMP. DE F. LOPEZ VIZCAINO, CAÑOS, 4.
1870.

AL DISTINGUIDO ACTOR

SEÑOR DON RAMON MARISCAL.

Los periódicos al ocuparse de esta obra, han dicho que habia V. dibujado un andaluz de los mas BARBIANES, el público con los nutridos aplausos que usted arrancaba ha dicho lo mismo; como es justo, tambien con justicia y agradecimiento, debe aplaudir

EL AUTOR.

PERSONAJES.	ACTORES.
PILAR (20 años)........	SRTA. ELOISA BAGÁ.
D.ª ESTEFANÍA (55 id).	SRA. D.ª MANUELA SAAVEDRA.
INÉS (18 años)...........	SRTA. D.ª TRINIDAD VÉDIA.
DON JOSÉ (25 id)......	SR. D. RAMON MARISCAL.
D. GREGORIO (55 id.).	SR. D. JOSÉ BANOVIO.

NOTAS. La escena pasa en Madrid, época actual.

Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada, en casa de D. Gregorio. Puerta al foro y laterales. A la derecha en primer término un velador.

Al levantarse el telon aparece doña Estefanía desmayada, y haciendo contorsiones. D. Gregorio y Pilar al lado de ella sosteniéndola. A poco sale Inés por el foro con un vaso de agua. Sobre el velador habrá una carta abierta.

ESCENA PRMERA.

Doña ESTEFANÍA, PILAR, don GREGORIO, luego INÉS.

GREG. ¿Inés, Inés? Muchacha, trae un vaso de agua!

PILAR. ¡Ay, pobrecita madrina mia!

GREG. No te aflijas; esto pasará muy pronto. Ya tiene mas regularizado el pulso. (*Pulsándola.*)

INÉS. Aquí está el agua. ¿Pero qué pasa? (*Saliendo.*)

PILAR. A mi madrina que le ha dado un síncope.

GREG. No es nada, no es nada. Trae el vaso, á ver si puede tragar. (*Llevándole el vaso á la boca.*)

PILAR. No es posible; mire usted como aprieta los dientes.

GREG. Pero esto ha sido un escopetazo

INÉS. (¡Cuánta pamema!)

612976

PILAR. Yo creo que se debia llamar un médico.

INÉS. ¿Quiere usted que avise al albeitar que vive enfrente?

PILAR. ¡Inés! (*Reconviniéndola.*)

GREG. Dispénsala. Eso es falta de ignorancia.

PILAR. ¡Pero Dios mio, no vuelve!

INÉS. ¿Por qué no se le ponen unas ventosas?

GREG. Es verdad. Al momento; trae un poco de estopa y un vaso.

PILAR. ¡Pero papá!....

GREG. Nada, nada. A grandes males, grandes remedios. Trae los adminículos.

ESTEF. ¡Ay!

PILAR. ¡Ya vuelve!

INÉS. (Es claro; en cuanto ha visto la cosa séria, se ha puesto buena.)

ESTEF. ¿Dónde estoy?

PILAR. A nuestro lado, querida madrina.

ESTEF. Esto ha sido un sueño espantoso.

GREG. ¿Con que ha soñado usted?

ESTEF. Ya ha pasado.

PILAR. ¡Gracias á Dios!

INÉS (¡Qué lástima de paliza!)

GREG. ¿Pero que le ha pasado á usted? Pues momentos antes estaba usted tan buena.

ESTEF. ¡Oh! ¡Mis recuerdos! Mis bellas ilusiones de otros dias se han agolpado á mi corazon, y me han dejado sin sentido.

GREG. Justo. Los recuerdos son un martirio constante. Yo soy una de las personas que sufren horriblemente, cuando pienso en mi juventud florida.

PILAR. ¿Quiere usted echarse un rato? Estará usted mejor.

ESTEF. ¡Sí, hija mia, sí! Mejor estaré.

PILAR. Inés, ayúdame á sostenerla.

INÉS. Vamos, apóyese usted. (¡Mal bicho te pique!) (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA II.

Don GREGORIO solo.

GREG. No me gustan las mujeres tan sensibles; y esta doña Estefania, en ese punto, es intransitable. Pero es preciso no olvidar lo principal. El tio de mi futuro yerno llega hoy para arreglar el contrato de boda, y es preciso recibirlo dignamente.

ESCENA III.

Don GREGORIO é INES.

INÉS. (¡Vaya con el vejestorio! Entoavia está haciendo melindres!)

GREG. ¿Cómo está doña Estefania?

INÉS. ¡Bah! ¡Como estaba! ¿Pues qué, la colao á usted la píldora?

GREG. Mujer yo no sé qué decirte. Pero estábamos leyendo la carta de don José, y de pronto, ¡zas, cayó sin sentido!

INÉS. ¿Pero qué decia la carta?

GREG. Nada de particular. Que don José viene á conocer á la niña, para arreglar la boda con su sobrino.

INÉS. Y no decia mas.

GREG. Lo que te he dicho. Y despues lo de costumbre. Su seguro servidor que besa su mano, José Sevillano.

INÉS. ¡Cómo!

GREG. Sevilla, etc.

INÉS. ¿Con que viene á esta casa don José Sevillano?

GREG. ¡Qué te pasa, muchacha!

INÉS. ¡Ay, Dios mio!

GREG. Oye, oye! ¿Te vas tambien á desmayar? Porque avisa para largarme. A mi no me dan otro rato como el pasado.

INÉS. Ay, ¡señor! ¡señor! ¡señor! ¡Si usted supiera!...

GREG. ¿Qué, mujer, qué?

INÉS. ¡No sé si alegrarme ó entristecerme!

GREG. Mira, lo mejor es que te alegres, porque la tristeza es poco divertida.

INÉS. Si usted pudiera siquiera imaginarse.....

GREG. ¡Basta de aspavientos! (Vaya, que la tal carta ha hecho mas estragos que el cólera.) ¿Qué te pasa?

INÉS. Mire usted; mi madre, es muy amiga de don José Sevillano.

GREG. ¿Desde cuando?

INÉS. Desde hace mucho tiempo. Antes que yo naciera.

GREG. ¡Ya!

INÉS. Y segun la he oido decir muchas veces, ese señor le debe... yo no se qué.

GREG. ¿Dinero?

INÉS. No señor, otra cosa.

GREG. ¿Pero qué cosa es esa?

INÉS. ¡Qué se yo! Mi madre lo sabrá. Pero cuando ella dice que le debe...

GREG. Si, sí; comprendido.

INÉS. ¿Usted sabe lo que es?

GREG. Sí, mujer; pero no te lo puedo decir. Tu debes ignorar estas cosas, porque eres una jóven cándida.

INÉS. ¿Con que yo soy cándida? ¡Pues no lo sabia!

GREG. Bueno, bueno. ¡Anda á la cocina, bachillera!

INÉS. Ya me voy. Pero en cuanto venga don José, le voy á decir que le pague á mi madre.

ESCENA IV.

Dichos y PILAR.

PILAR. Inés, haz á mi madrina una taza de tila.

INÉS. ¿Tiene irritaós los niervos?

PILAR. Ya está mas calmada. Pero anda, mujer, date prisa!

INÉS. Ya voy. (*Vase foro izquierda.*)

ESCENA V.

PILAR y don GREGORIO.

GREG. Me ha dado en qué pensar la muchacha, porque don José es muy rico y si Dios le tocase en el corazon...

PILAR. ¿Está usted pensativo?

GREG. No, hija, no. Sinoque estaba combinando un plan que si logro llevarlo á cabo, será el antemural de nuestros intereses.

PILAR. ¿Y qué es eso de antemural?

GREG. Esa es una palabra de la filosofía moderna. No es muy moderna, pero es algo moderna. Es... como magnífico.

PILAR. ¡Ah! ya.

GREG. Tu no puedes estar á la altura de esta filosofía. Y esta es pura filosofía alemana, que hay muy pocos que la entiendan.

PILAR. Es verdad.

GREG. Pero vamos á lo que importa. Tu debes estar muy espresiva con tu futuro tio; es muy rico, y...

PILAR. Bien, papá; haré cuanto esté de mi parte.

GREG. Sí. Es preciso que le gustes; que vea que eres ha-

cendosa, modesta; y sobre todo, escucha bien: nada de superstticion; es forzoso que conozcas bien los movimientos politicos, en el órden natural, con serenidad.

PILAR ¿Eso será tambien filosofía alemana?

GREG. No; esto quiere decir lisa y llanamente, que no se escape el novio.

PILAR. Bueno; haré lo posible. (*Suena dentro una campanilla.*)
Han llamado.

GREG. Creo que sí. Tal vez sea el tio.

PILAR. ¿Me está bien el trage, papá? (*Mirándose al espejo.*)

GREG. Sí. Estás sublime.

INÉS. Pase usted; aquí está don Gregorio y la señorita. (*Dentro.*)

JOSÉ. Gracias, niña. (*Dentro.*)

ESCENA VI.

Dichos y don JOSE.

JOSÉ. Pá servir á ustées. ¿El señor don Gregorio del Alamo?

GREG. Servidor de usted. Usted es sin duda don José Sevillano.

JOSÉ. Cabalicamente.

GREG. Siéntese usted, señor don José; siéntese usted.

José. Gracias, compadre. Y esta niña es...

GREG. Mi hija. (*Se sientan.*)

PILAR. Muy servidora de usted. (Es bastante guapo mi futuro tio.)

JOSÉ. Es una perla engarsá en gracia.

PILAR. Usted me favorece.

GREG. Hace un momento que estábamos hablando de usted.

JOSÉ. ¿Y qué? ¿Se me cortaba algun sayo?

GREG. ¡Qué cosas tienen estos andaluces!

JOSÉ. ¡Eso qué tendria de particular! La murmuracion es un manjar muy sabroso, y no sé yo aquí; pero en mi tierra nos pirramos por desollar al prógimo, y esto á la buena fin, sin intension de ofender.

GREG. ¡Ya! se comprende.

JOSÉ. Pero aquella tierra es una gloria.

PILAR. Yo la he oido alabar mucho.

JOSÉ. Calle usté, mi alma, si aquello es el acabose. Como que Dios hizo la Andalucia de un peasillo de sielo que le sobró cuando hizo el universo.

GREG. ¡Ya lo creo! Aquella vejetacion, y sobre todo, aquella catedral.

JOSÉ. ¡La mejor del mundo! ¿Uste la ha visto?

GREG. No señor.

JOSÉ. ¡Pues amigo, como aquello no hay náa! Figúrese usté cómo será, cuando tiene siete leguas de larga y tres de ancha.

PILAR. ¡Jesús!

GREG. ¡Ave María!

JOSE. Como que tienen que salir los curas á decir misa en velosípedo.

GREG. ¡Já, já, já! ¡Qué chistoso!

PILAR. (¡Tiene mucha gracia!)

GREG. No puede usted negar que es hijo de Sevilla. Bien se le conoce á usted.

JOSÉ. Por la pinta me ha sacao usté, ¿no es así?

GREG. No señor; por la gracia.

JOSÉ. Compare, que me voy á tener que meter debajo de una silla.

PILAR. ¡Qué ocurrencia!

JOSÉ. Y habla usté de grasia, cuando tiene en su casa la grasia de Dios! (*Por Pilar.*)

PILAR. Es usted muy galante.

GREG. En punto á gracia, nadie compite con los andaluces.

JOSÉ. En toas partes la hay. ¿Usté es hijo de Madrid?

GREG. No señor; yo soy hijo de Mula.

JOSÉ. Que sea enhorabuena. ¿Y esta niña es tambien?...

GREG. No. Esta es hija de Toro.

JOSÉ. Compare, son dos pueblos del tóo.

PILAR. (¡Qué cosas tiene papá!) ¡Ay mi madrina! (*Se levantan.*)

ESCENA VII.

Dichos y doña ESTEFANIA.

GREG. Nuestra querida amiga, doña Estefania de Cárdenas.

JOSÉ. Por muchos años.

ESTEF. (¡No ha pasado dia por él!)

PILAR. Siéntese usted, madrina.

GREG. El señor don José Sevillano. (*Todos vuelven á sentarse.*)

ESTEF. Creo que este caballero me conoce hace tiempo.

JOSÉ. (¡Yo!) No sé, señora, en dónde habré tenio er gusto de verla.

ESTEF. Es usted fragil de memoria.

JOSÉ. Pué ser. (Pero si me lo he comio, que reviente.)

PILAR. ¿Está usted mejor?

ESTEF. Si; ya pasó.

GREG. Y el equipaje, lo han traido?

JOSÉ. No señor; habia tanto jaleo en la estacion, que lo dejé pa luego.

GREG. Ahora iré yo, y en seguida estará aquí.

JOSÉ. Estimando. Pero no quiero que se incomode usté.

GREG. Nada de eso. Voy á ponerme una levita, é iremos...

JOSÉ. Como usté quiera.

GREG. Ven, niña; me ayudarás á vestir.

PILAR. Vamos, papá. (Mucho me agrada el tio de mi novio.)

ESCENA VIII.

Don JOSE y doña ESTEFANIA.

JOSÉ. Con que usté dice que me conoce, eh?

ESTEF. Caballero, basta de farsa.

JOSÉ. ¿Qué? (*Admirado.*)

ESTEF. Es inaudito su descaro; pero sepa usted que soy una arpía!

JOSÉ. No lo niego; pero...

ESTEF. Usted no creyó encontrarme, ¿no es cierto?

JOSÉ. (¡Estoy en bábia!)

ESTEF. Pero Dios es justo y ahora ó me cumple usted su palabra ó doy un escándalo.

JOSÉ. Señora, usté me ha tomao por otro.

ESTEF. No señor, no. Yo sé lo que digo, y usted lo sabe tambien. Usted es un infame.

JOSÉ. ¡Señora! (¡Si estará loca!)

ESTEF. Usted, que abusó de mi credulidad, para arrancarme despues...

JOSÉ. Yo no la he arrancao á usté náa. Por estas cruces.

ESTEF. ¡Sí, señor! ¡Una de mis mas queridas ilusiones!

JOSÉ. Ni yo la entiendo á usté, ni la he visto en mi via.

ESTEF. ¿Será usted capaz de negarlo? ¿Será usted capaz de decir que no es don José Sevillano?

JOSÉ. Yo no niego mi nombre.

ESTEF. Pues entonces, ¡por qué me haces penar, Pepe mio!

JOSÉ. (¡Zambomba!) ¡Porque no te he visto nunca! (Ni ganas.) (*Imitando su tono.*)

ESTEF. ¡Ingrato! ¿No quieres acordarte de aquellas horas deliciosas que pasábamos en dulce plática? ¡Yo tenia quince años!

JOSÉ. Pero señora, si cuando tenia usté quince años, no habia nasio mi madre!

ESTEF. ¡Cómo! Te atreves...

JOSÉ. ¡Ca! ¡No señora, no me atrevo! Descuide usté!

ESTEF. ¡Cuando me hiciste tanta promesa!

JOSÉ. Pare usté la jaca. Yo creo que me equivoca usté con mi abuelo.

ESTEF. ¡Insolente! Yo no tengo mas que treinta años.

JOSÉ. (¡En cáa pata!)

ESTEF. ¿Lo oye usted? ¡Treinta años!

JOSÉ. Pues entonces esa cara ha servio en otro cuerpo.

ESTEF. ¡Sí, sí; insúltame! ¡Mofate de mi dolor!

JOSÉ. ¡Pero por las once mil vírgenes, si eso no tié sentio!

ESTEF. ¡Me he de vengar! ¡Ya sabrás quien soy yo, hombre vil!

JOSÉ. ¡Doña Estefania!

ESTEF. ¡Seductor! ¡Canalla! (*Vase puerta izquierda.*)

JOSÉ. ¡Vaya un lance! A duro se pué pagar la entrá.

ESCENA IX.

Don JOSE é INES, (por el foro.)

INÉS. ¿Está usted solo?

JOSE. Si. ¿Qué quieres?

INÉS. Vaya, verle á usted. Pues si tenia yo una gana...

JOSÉ. ¿De qué tenias gana, muchacha?

INÉS. Toma, de verle.

JOSÉ. Pues ya me estás viendo.

INÉS. Y mucho que me gusta usted.

JOSÉ. ¿De veras? ¡Muchas gracias, prenda!

INÉS. Y es usted lo mismo que me decia mi madre. La misma cara.

JOSÉ. ¿Cuál? ¿La mia?

INÉS. Si señor. Su misma cara. La mismísima.

JOSÉ. Claro está. ¿Pues qué, habia de haber alquilao una pa venir á Madri?

INÉS. Tan rebuen mozo, y tan aquel.

JOSÉ. (¡Calla! ¡Esta se me va á declarar! Será moda del país).

INÉS. Como mi madre le quiere á usted tanto, todos los dias le estaba mentando; y me contaba tantas cosas...

JOSÉ. ¿Con que tu madre me conoce?

INÉS. ¡No se haga usted el disimulao.

JOSÉ. ¡Yo!

INÉS. En cuanto venga una vecina con quien tengo satisfaccion, la mandaré un recado á mi madre para que venga, y... ¡vaya si se alegrará!

JOSÉ. ¿Tambien de verme?

INÉS. ¡Claro! Pues si está ella ensoñando ese momento.

JOSÉ (¡Yo creo que aquí están toos chochos!)

INÉS. Siempre me está diciendo que le quiera á usted mucho; y que en cuanto le viera á usted que le diese un abrazo.

JOSÉ. ¿Con que abrazarme tambien?

INÉS. Si señor.

JOSÉ. Pues mira, muchacha, en eso no encuentro dificultad alguna; y es mas, creo que debes obedecer á tu madre. (*Don José va á abrazarla, y ella le detiene.*

INÉS. ¿Pero la va usted á pagar?

JOSÉ. ¿Que si la voy á pagar?... ¿El qué?

INÉS. ¡Qué se yo! Una cosa que dice mi madre que usted le debe.

JOSÉ. Hija mia, yo no tengo ingleses, ¡gracias á Dios!

INÉS. No; si no son ingleses lo que usted le debe. Si es... qué se yo; otra cosa.

JOSE. ¡Lo que creo, es que tú ó yo estamos locos!

PILAR. Bien, papá, bien. (*Dentro.*)

INES. La señorita. Luego volveré. No quiero que se entere...

JOSE. Justo. No debe enterarse.

INES. No se lo diga usted hasta que venga mi madre.

JOSE. Descuida, que aunque yo quisiera decirlo, seria inútil.

INÉS. Hasta luego. (*Apretándole la mano, vase por el foro.*)

ESCENA X.

Don JOSE.

JOSE. ¡Vamos á cuentas! ¿Estoy en Madrid, ó en Leganés? ¿Están toos aquí locos, ó yo he perdio la chaveta? ¡La una que soy un ingrato! ¡La otra, que le debo á su madre! ¡Si lo entiendo, que me crucifiquen!

ESCENA XI.

Don JOSE y PILAR.

PILAR. ¿Le han dejado á usted solo?

JOSE. ¡Es verdá, mi alma! Pero despues de estar á oscuras un rato, ahora ha salio el sol.

PILAR. ¡Qué andaluzada!

JOSE. ¡No hay tal, lucero! Lo que digo es tan verdá como que Dios está en los cielos!

PILAR. ¡Muchas gracias!

JOSE. Siéntese usté aquí, á mi vera, corason sin trampa, y déjeme usté que tome una rasion de ojos.

PILAR. ¡Con mucho gusto! (¡Decididamente me gusta mi tio!) (*Se sientan.*)

JOSE. Es usté la moza mas bonita que he visto ende que nasí.

PILAR. ¿Eso me lo dice usted por cuenta propia ó por encargo de su sobrino?

JOSE. ¡Salero! ¿Se va usté á quear conmigo?

PILAR. La pregunta me parece muy natural.

JOSE. Mire usté, si yo me acuerdo en este momento de mi sobrino, que me claven como á Cristo.

PILAR. ¿Con que eso es decir?...

JOSE. Que no hay aquí sobrino ni tio, sino usté, que es una mosa del too, y yo que ya estoy mareao.

PILAR. ¿Quiere usted un refresco?

JOSE. Ay madresita, y que guasona la ha criao á usté Dios.

PILAR. Pero francamente, don José, me parece muy mal que haga usted traicion á su sobrino.

JOSE. Pues mire usté, hágasela usté tambien conmigo, y tocamos á menos parte de traision.

PILAR. ¡Cómo!

JOSE. Si señora. Cada uno la mita.

ESCENA XII.

Dichos y don GREGORIO.

GREG. Cuando usted guste. (*Sacará una levita muy larga.*)

JOSE. (¡Gran levita! Pero se conoce que era mayor el difunto.)

GREG. He tardado un poco, porque como iba con usted, queria salir decente.

JOSE. ¿Y por eso se ha puesto usté la bata?

GREG. No; si es una levita.

JOSE. ¡Perdone usté, no lo habia reparado!

PILAR. (¡No sea usted burlon!) (*Aparte á don José.*)

GREG. Despues de recoger el equipaje, iremos á comprar una maquinilla para hacer cigarros.

JOSE. Si yo lo hubiera sabio le traigo á usté una de esas que se han inventao ahora.

GREG. ¿Son buenas?

JOSE. Un portento. No hay mas que echar por un lao un poco de simiente de tabaco, y á los tres minutos salen por el otro los cigarrillos fumaos.

GREG. ¡Já, já, já! No está mala la máquina.

PILAR Por lo menos es cómoda.

GREG. Nos iremos por el Prado.

JOSE. Me alegro; porque desde el carruage, al venir, apenas le he visto.

GREG. No es gran cosa. Un paseo bonito, y nada mas. Le faltan adornos, pues ni siquiera se le ha ocurrido al ayuntamiento ponerle unas cuantas claraboyas.

JOSE. (¡Cáspita, y qué bruto es el papá!) Y cuando tal vez sería muy fácil?

GREG. ¡Lo mas sencillo del mundo!

JOSE. Claro. Por medio de la numismática.

GREG. ¿Con que, vamos?

JOSE. Cuando usté guste. ¡Adios, cacho é cielo!

PILAR. ¡Hasta luego! (*Vase por el foro.*)

ESCENA XIII.

PILAR.

PILAR. ¡Qué genio tiene este hombre! La verdad, me disgusta que él no sea el novio. Y parece jóven; casi un muchacho. Vamos, que siento no casarme con él!

ESCENA XIV.

PILAR y doña ESTEFANIA.

ESTEF. Pilar! hija mia, ¿dónde estás?

PILAR. Aqui, madrina. ¿Pero qué le pasa á usted?

ESTEF. ¡Ay, hija! ¡Tu no puedes comprenderlo! ¡Ese hombre es un infame!

PILAR. ¿Quién?

ESTEF. ¡Quien ha de ser! ¡El tio de tu novio!

PILAR. ¿Don José?

ESTEF. Si. ¡Ese mónstruo, que... ay, Pilar!

PILAR. ¿Pero qué ha hecho?

ESTEF. Cuando tu padre leyó la carta de tu novio, diciendo que venia, se apoderó de mí un vértigo, y...

PILAR. Se desmayó usted.

ESTEF. Tu no podias comprender mi afliccion y mi alegria, porque ambos sentimientos me agitaban; y en aquel horroroso combate, caí sin sentido.

PILAR. ¡Dios mio! ¡Temo comprender.....

ESTEF. Hace algunos años que yo viví una larga temporada en Sevilla, y entonces le conocí.

ESCENA XV.

Dichas é INES (al paño, por el foro.)

PILAR. ¿Conoció usted á don José?

INES. (¡Están hablando de él!)

ESTEF. Me habló de amor, y yo le entregué...

INES. (¡Pícara vieja!)

ESTEF. Mi corazon sensible y enamorado.

PILAR. (¡Dios mio!) ¿Y él?

ESTEF. ¡Ay! ¡Aqui entra lo mas peliagudo!

INES. (¿Qué será eso?)

PILAR. Esplíquese usted.

ESTEF. Me dió palabra de casamiento, y yo... ¡Desdichada!

PILAR. ¡Pero señora!...

ESTEF. ¡Aun no me ha cumplido su promesa!

PILAR. ¿Pero eso qué tiene de estraño?

ESTEF. ¿Con que no tiene nada de estraño? Un hombre que me debe...

INES. (¡Ay! ¡Tambien á esta la debe!...)

ESTEF. Pero me pagará, si; me pagará, porque sino, yo le enseñaré á ser caballero.

PILAR. ¡Creo que le juzga usted con demasiada dureza! ¡Eso en los hombres son pecados veniales!

ESTEF. ¿Le defiendes?

PILAR. ¡Y es natural!

ESTEF. Pues yo te aseguro, que no le han de valer sus mañas; porque yo, y no otra, se ha de casar con él.

PILAR. ¡Pero si él no la quiere á usted, es un desatino!

ESTEF. ¡No, y mil veces no! Me debe, pues que me pague.

INES. Pero es que le debe tambien á mi madre, y es preciso que le pague antes. (*Bajando al proscenio*).

ESTEF. ¿Qué dice esa doméstica?

INES. Oiga usted, señora; yo no soy eso, porque tengo mas honra que la que mas.

PILAR. ¡Pero Inés!...

INES. Pues que no me ponga motes. ¡El demonio de la suripanta!

PILAR. Inés, vete.

ESTEF. Si, si; á fregar.

INES. Pues no me he de ir hasta que venga don José, y me asegure que la vá á pagar á mi madre antes que á nadie. ¡Pues vaya!

PILAR. ¡Inés, calla por Dios! Sosiéguese usted, madrina, y entre en razon.

ESTEF. Sí, sí. Mire usted la mosquita muerta cómo aboga por él! Te habrá hablado de amor, y... es claro, te has puesto como una manteca.

PILAR. Pero los dos estamos en nuestro derecho. El es soltero, y yo tambien.

ESTEF. ¿Y qué, no soy yo soltera?

INES. (Lo raro es que se hubiera casao, cuando es mas fea que una paliza!)

PILAR. Mire usted, yo siento mucho lo que usted sufre; pero si él me quiere...

ESTEF. ¡Si; estás fresca! Y además ¿no conoces que ese hombre es de pega?

PILAR. ¿Cómo?

ESTEF. Si me lleva muchos años. Y si parece un jóven, es porque tiene peluca, se pinta el bigote, y lleva los dientes postizos.

PILAR. ¿Será verdad?

ESTEF. Y últimamente, que yo quiero que me cumpla la palabra y se acabó.

INES. U lo otro!

PILAR. ¡Qué desgraciada soy! (*Sentándose.*)

INES. ¡Señorita, no llore usted!

ESTEF. ¡Ahora lágrimas! ¡sin duda para enternecerme! Pero no he de ceder de mi derecho; y en cuanto venga, nos van á oir los sordos! (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA XVI.

PILAR é INES.

INES. ¡Pobre señorita! ¡Ay! si los hombres son muy malos, muy perversos!

PILAR. ¡Gracias, Inés. Bien se conoce que tienes buen corazon! (*Suena dentro una campanilla.*)

INES. ¡Voy á ver quien es! (*Vase foro derecha.*)

PILAR. ¡Cómo habia yo de creer que ese hombre se burlaba de mi! (*Vase puerta izquierda.*)

ESCENA XVII.

Don GREGORIO. (*Entra por el foro.*)

GREG. No me he atrevido á hacerle una indicacion sobre el asunto de Inés. Pero lo mejor es lo que tengo pensado. Justo. Y me ha dicho que quiere casarse con Pilar! Vaya, estoy decidido. Así, todo se queda en casa.

ESCENA XVIII.

Don GREGORIO é INES.

INES. ¡Señorita! ¡Ah! ¿Se ha ido?
GREG. No la he visto, pichona. Pero espérate un momento que tengo que hablarte.
INES. ¿Le ha dicho á usted don José algo?
GREG. No se trata ahora de don José, sino de tí.
INES. ¿De mí?
GREG. Si, pimpollo. De tí, que eres muy retrechera.
INES. (¡Ay! ¡Qué almivarado se pone el viejo!)
GREG. ¡De tí, que tienes un adorador!
INES. ¿Blasillo? ¿Quién se lo ha dicho á usted?
GREG. ¡Qué Blasillo ni qué berengenas! El adorador de que yo te hablo, es otro mejor.
INES. ¿Y quién, quién es?
GREG. ¡Otro que te quiere mas!
INES. (¡Cómo se le encandilan los ojos!)
GREG. Y es muy formal.
INES. ¡Pero acabe usted! ¿Quién es ese adorador?
GREG. Te lo voy á decir; ese adorador soy yo.
INES. ¿Usted?
GREG. ¡El mismo, salerosa!
INES. ¡Vaya, señor! Déjese usted de bromas.

GREG. No es broma, capullo de rosa. Es que te quiero, y me caso contigo, si tu quieres.

INES. ¿Que se quiere usted casar?

GREG. ¡Vaya! ¡Muchito que sí!

INES. ¡Pero señor, si ya no puede usted ni con la bula!

GREG. ¡Calla, tonta! ¡Que todavia... estoy fuerte!

INES. ¡Esas son alegrias de corazon!

GREG. No, mujer. Si no tengo mas que cuarenta años.

INES. ¡Cuarenta años! Eso se lo cuenta usted á San Bruno, que tiene los oidos de piedra.

GREG. ¡Pues es la verdad; y estoy muy ágil, y muy bueno!

INES. (¡Ay! ¡Qué estafermo!)

GREG. ¡Y te voy á querer mucho, y te haré tantos mimitos!... (*Va á abrazarla; ella le rechaza fuertemente.*)

INES. ¡Arre allá! Ve usted; si le doy con un dedo, se cae usted.

GREG. ¡Prueba, prueba y verás como soy fuerte!

INES. ¡Bendito sea Dios! Pues si está usted como el perro del tio Gracias á Dios, que tenian que sostenerle entre cuatro para que ladrase.

GREG. ¡Ay, qué remonona! (*Va á abrazarla.*)

INES. ¡Quite usted allá, que voy á hacer un miquicidio! (*Vase foro.*)

ESCENA XIX.

Don GREGORIO.

GREG. ¡Qué arisca es, qué arisca! ¡Pero yo la amansaré á fuerza de finura! ¡Lo que es la educacion! Esta chica tiene cara aristocrática, pero es un diamante en bruto! Bien dijo Demóstenes: «la educacion, es la base del organismo.»

ESCENA XX.

Don GREGORIO y PILAR.

PILAR. ¡Qué pronto han vuelto ustedes!

GREG. Si, cuando llegamos á la Puerta del Sol, nos encontramos á los mozos que traian el equipaje, y nos volvimos.

PILAR. (¿Dónde estará don José?)

GREG. Ya hace rato que vine. Don José se quedó en la puerta hablando con uno; y yo, por no ser trascendental, me entré.

PILAR. ¿Y aun no ha subido?

GREG. No; ¡pero calla! ¿Qué tienes? Tu has llorado.

PILAR. No señor, no.

GREG. ¡No me lo niegues! ¡Vaya, y cuando te traigo una gran noticia!

PILAR. ¿Sí?

GREG. ¡Muy gorda! Figúrate que don José me ha hablado de tí en el camino.

PILAR. No me le nombre usted.

GREG. ¿Que no te le nombre? ¡Pues no lo entiendo! Digo, y cuando me ha dicho que quiere casarse contigo.

PILAR. ¿Eso ha dicho?

GREG. ¡Toma! ¡y tan claro!

PILAR. Pues yo no puedo aceptar su mano.

GREG. ¿Por qué? ¡Ah! ¡por el compromiso que hay con su sobrino! ¡Quita allá! ¡Si eso está ya arreglado! El dice que se encarga de ello.

ESCENA XXI.

Dichos y don JOSE, al paño, por el foro.

JOSE. (¡Están hablando de mí! ¡Oigamos!)

PILAR. No es ese el inconveniente.

GREG. ¿Pues cuál es? ¿El que no le quieres?

PILAR. ¡Al contrario, padre mio, porque le amo!

JOSE. ¡Bendita sea esa boca! *(Bajando.)*

PILAR. ¡Ay!

JOSE. ¡Esa palabra vale mas millones que menea un temblor de tierra!

GREG. ¿Lo ves?

PILAR. Si señor, pero el señor no me puede amar; y además...

GREG. Ademas, ¿qué?

JOSE. Señora, concluya usté, que me tiene usté con cuidao.

PILAR. No puedo.

JOSE. Haga usté un poer, vamos.

GREG. ¡Dilo muchacha!

PILAR. Me cuesta mucho trabajo.

GREG. Pero acaba.

JOSE. Ya lo comprendo. Usté habla de doña Estefania y de Inés?

PILAR. Si señor; pero ademas, hay otra cosa.

JOSE. ¿Otra cosa? (¡Esta gente me vá á volver loco!)

PILAR. Y bien puede usted conocer que yo no lo debo decir.

JOSE. (Si entiendo jota, que me emplumen.) Señor ita por las cinco llagas, acabe usté!

GREG. Puesto que don José te dá permiso...

PILAR. Pues es, que el señor, tiene cosas que no son suyas.

JOSE. ¡Niña! yo no le he quitao náa á naide. Yo no soy ladron.

PILAR. Si no es eso. Sino que le falta á usted...

JOSE. A mi no me falta náa.

PILAR. O mejor dicho; que tiene usted cosas, de otra manera que comó las debia usted tener.

JOSE. ¡Yo! ¡Caracoles! Niña, esplíquese usted.

GREG. ¡Muchacha! Vamos, si cuando las mujeres se enamoran, se quedan hechas un mónstruo.

PILAR. Y tengo razon.

JOSE. ¿Es decir, que yo... tengo las cosas al revés?

PILAR. No señor; sino de pega..

JOSE. ¿De pega?

PILAR. ¡Si; postizas!

JOSE. ¿Postizas? ¿Pues si yo no he estao hasta ahora en Madrid?

GREG. ¿Y qué es lo que tiene postizo?

PILAR. Los dientes.

JOSE. No, hija; que son mios. ¿Quiere usté que la tire un bocao, y verá?

PILAR. Y tiene usted peluca, y se tiñe el bigote.

GREG. ¿De veras?

JOSE. Oiga usté, don Gregorio, avise usté á un médico; porque esta niña está tocáa. (*Señalando á la frente.*)

ESCENA XXII.

Dichos y doña ESTEFANIA.

ESTEF. Eso es lo que usted quisiera, que estuviéramos todos locos.

JOSE. (Se cayó la casa á cuestas.)

GREG. Yo no entiendo...

ESTEF. Pues es muy sencillo.

JOSE. Oiga usté una palabra.

ESTEF. ¡Nada escucho, hombre infame! Sepa usted, don Gregorio, que don José tiene conmigo un grave compromiso, y me debe...

ESCENA XXIII.

Dichos, INES.

INES. Mentira, á quien le debe es á mi madre.
JOSE. (¡El juicio final!)
ESTEF. Vaya á la cocina la emperatriz del estropajo.
INES. No me da la real gana.
PILAR. ¡Dios mio, qué enredo!
JOSE. Escuchen ustedes.
ESTEF. ¡Inícuo, vil, antropófago!
INES. O le paga á usté á mi madre, ó... (*Amenazándole.*)
JOSE. ¿Pero señor, tengo yo mas deudas que el gobierno?
ESTEF. ¡Malvado! ¡Te he de poner en un presidio!
INES. Si señor; yo soy mujer dispuesta para todo.
ESTEF. ¡Juan Tenorio!
INES. ¡Mala sombra!
JOSE. Pido la palabra.
ESTEF. No.
INES. No.
GREG. ¡Silencio! Yo diré como Ciceron, rey de Bélgica: «¡Pega, pero escucha!»
JOSÉ. Todas las acusaciones que se me hacen son injustas; porque yo no soy lo que aparezco.
TODOS. ¿Como?
JOSE. Yo soy don José Sevillano, pero no el tio, sino el sobrino.
PILAR. ¿Será posible?
ESTEF. Esa es una evasiva.
JOSE. Dispense usté, señora; pero yo no sé mentir.
GREG. Como que es andaluz.
INES. ¿Y entónces, quién le paga á mi madre?
JOSE. Hija, á tu madre me paece que le vá á pasar lo que á las clases pasivas.

INES. Bien dice mi madre; no hay nadie tan desgraciada como Juana Terrones.

JOSÉ. ¿Juana Terrones?

INES. Si señor; así se llama.

JOSE. ¿Por qué no has empezao por ahí, criatura? Descansa, que los atrasos de tu madre, los traigo en la maleta. Me los ha dao el tio.

INES. Eso es lo que le debia. Los atrasos.

GREG. ¡Ya!

ESTEF. ¡Ya!

JOSE. Pues sí, buena moza; mi tio, que queria mucho á tus padres, al fin lo ha conseguio.

ESTEF. Solo mi deuda queda en pié.

JOSE. Alégrese uste, señora; porque el tio está ya, que con naita espicha.

PILAR. Y por qué se ha presentado usted diciendo que era el tio?

JOSE. Para averiguar si me queria usté, terronsito de azúcar.

GREG. ¿Pero cómo se ha figurado usted, doña Estefania, que el señor era... No vé usted que el señor es un muchacho, y el tio cuando la enamoró á usted... debe ser ya un carcamal?

ESTEF. Don Gregorio, no sea usted bruto.

GREG. ¡Señora!

JOSE. Eso de bruto, me parece que lo ha dicho por usté *(Aparte á don Gregorio.)*

GREG. Si señor, no me cabe duda.

JOSE. Y lo peor es que cuando le ponen á uno un mal nombre, se pue quear con él; y ya vé usté.

PILAR. Madrina, alégrese usted, porque soy feliz.

JOSE. Creo, hechicera Pilar, que ahora no se negará usté á ser mi costilla.

PILAR. No señor.

JOSE. Gracias, lucerillo de la tarde.

GREG. Pues nada, se arregla la boda, y se quedan uste-

des á vivir conmigo. Se estará algo estrecho, pero como ha de ser.

JOSE. Yo estoy acostumbrao. Pues si casualmente estuve tan contento en la última corria de Sevilla, y estábamos tan estrechos, que no podiamos reir mas que de arriba á abajo.

PILAR. ¿Cómo le llaman á usted en Sevilla?

JOSE. ¿A mí? ¡Boquita é verdaes!

GREG. ¡Señora, es preciso consolarse! *(A doña Estefanía.)*

ESTEF. (¡Qué grosero!)

JOSÉ. (¿Y por qué no la consuela usted?) *(Aparte á don Gregorio.)*

GREG. (¿Yo? !Un demonio!)

JOSÉ. (Si señor; yo tendria un gran gusto en ello.)

GREG. (¿Y por qué?)

JOSÉ. (¡Hombre porque seria cosa de ver la descendencia!)

GREG. (¡Don José, á mi edad no existe el valor del héroe. Yo soy espiritista!)

JOSÉ. ¡Yo soy tu esclavo, palomita! ¿Me amas? *(A Pilar.)*

PILAR. ¡Vaya, qué cosas tiene usted!

JOSÉ. ¡Dimelo y asi tendré valor pa pedir una palmá!

PILAR. Si es por eso, le diré á usted que sí.

JOSÉ. ¡Vivan las niñas bonitas!

PILAR. No se escurra usted.

JOSÉ. Alto ahí.

¡Eso niña, es cuenta mia! *(Al público.)*
Se miente en Andalusía
casi tanto como aquí.
Con que no hay que hacer diabluras,
y aplaudir, y darme gusto;
porque entre sastres, no es justo
el que se paguen hechuras!

FIN.